

**"No extingáis el Espíritu; no despreciéis las profecías; examinadlo todo y quedaos con lo bueno"**

(1 Tes. 5,19)

Los episodios de la UCAB han creado una gran inquietud entre los cristianos. Han patentizado una seria división que vivimos en la Iglesia y esta división duele a todos.

La división dentro de la Iglesia es algo lamentable. Ningún cristiano puede desearla o fomentarla con fruición. Pero tampoco cualquier unidad es cristiana. La unidad de Cristo es un permanente aguijón que ha de estimular a todos a llevar a la Humanidad hacia la unidad en la verdad y la justicia. Pero en lugar de esa verdad y justicia el cristiano vive y es partícipe de un mundo en guerra, un mundo de odio, explotación, opresión y mentira.

El cristiano no puede eludir esta situación. Por eso los últimos papas, el Concilio, los obispos reunidos en Medellín y el General de los Jesuitas en particular, urgen la denuncia de quienes explotan y nos estimulan a comprometer toda nuestra vida en la búsqueda de formas de organización económica y convivencia que posibiliten a todos los hombres el acceso a los bienes de la tierra. Ellos han visto que quienes acaparan estos bienes son agresores de quienes quedan excluidos. Los países ricos agreden a los pobres y estos con gran esfuerzo tratan de agruparse para defender su vida y bienes. Dentro de cada país la división es más hiriente.

Esta lucha es real en todo el mundo y Venezuela no es excepción.

La Iglesia no es clasista, pues hay creyentes que pertenecen a diversos sectores sociales que están estructuralmente enfrentados. Por eso es absolutamente absurdo e ilusorio pensar que vamos a vivir los cristianos en una paz idílica cuando estamos sumergidos y somos parte de una realidad dividida.

Sólo una opción es posible para el cristiano: la opción de Cristo a favor de los pobres. El Evangelio nos dice que incluso para los ricos el camino de salvación pasa por los pobres.

Todo cristiano, obispo, sacerdote o seglar, debe construir la Iglesia de Cristo, la de la justicia, la de los pobres, la de la hermandad real. Por eso, entra en lucha contra todo lo que impida esta hermandad, como es la explotación económica y toda discriminación.

Es evidente que hay muchos "cristianos" que quieren asumir un cristianismo aséptico, sin ninguna referencia al hombre y a la convivencia humana (1, Juan, 4-20). Pero la comunidad cristiana no se puede dejar dominar por esa actitud que la separaría de Cristo.

Nada queda resuelto con fáciles y pueriles alineaciones tras banderas como "capitalismo" o "comunismo" ofrecidas como respuestas integrales. Todos somos testigos de las graves limitaciones de regímenes donde se practican estas fórmulas, con aspectos graves de dominación del hombre por el hombre.

También es infantil y escapista contraponer a las limitaciones reales de estos sistemas una afirmación meramente filosófica y fuera de las tensiones concretas. Tampoco este intento puede eludir la lucha real, los conflictos y las oposiciones; a través de la división real debemos llegar a la unidad. El cristianismo no es una mentira social que llama hermano al enemigo y califica de justo lo injusto, sino que es una esperanza combativa que, partiendo de la realidad del pecado, hace hermano al enemigo y derriba lo injusto construyendo lo justo. Y esto, en la práctica, significa tensión y división.

Tenemos la impresión de que debido a la alta valoración que hacemos de la unidad, olvidamos que sólo tiene sentido la "unidad en la verdad" y que en la mentira y la injusticia en la que vivimos, sólo pueden darse frutos de división.

Somos Iglesia en la Historia no en la Plenitud, sino en lucha, en búsqueda, en imperfección, pues somos Iglesia en un mundo de miseria, odio, explotación, mezclado con todas las grandes realizaciones de ese mundo. Esta tensión es una de las marcas típicas de su historia. Recordemos que la Iglesia amaneció desde el primer día dividida en algo tan fundamental como la discusión de si la fe cristiana era sólo para los judíos o para todos los hombres.

## DIVISION EN LA IGLESIA

La cortedad cristiana de la comunidad de Jerusalén era tal que se quedaron pasmados "de que el don del Espíritu Santo se derramase sobre los gentiles" (Hechos 10, 45). Esta comunidad, con Santiago al frente, acusó duramente a Pedro (al mismo Papa), de desviacionismo. "Pero cuando subió Pedro a Jerusalén, disputaban con él los que eran de la circuncisión, diciendo: Tú has entrado a los incircuncisos y has comido con ellos" (Hechos 11, 1-3). Por otra parte Pablo proclama que "no hay distinción entre judío y gentil" (Rom. 10, 12; 1Cor. 12, 12; Gal. 3, 28). Pero esta doctrina que hoy nos aparece tan fundamental y tan evidente, fue duramente combatida y conquistada a través de una gran tensión y división. "Algunos que habían bajado de Jerusalén enseñaban a los hermanos: 'si no os circuncidáis conforme a la ley de Moisés, no podéis ser salvos'. Con esto se produjo una agitación y disputa no pequeña, levantándose Pablo y Bernabé contra ellos" (Hechos 15, 1-3).

Y Pablo en esta disputa no duda en llamar "falsos hermanos intrusos" a los que "se entrometen para

espíar la libertad que tenemos en Cristo Jesús, queriendo reducirnos a servidumbre" (Gal 2, 1-5). El mismo Pablo arremetió contra la conducta de Pedro, condescendiente con los judaizantes: "me enfrenté con él cara a cara, porque era digno de represión" (Gal 2, 11).

Así en medio de la lucha, se abrió el Cristianismo a la universalidad. De la misma manera la Iglesia, todos nosotros, acomodados y hechos a la identificación con los intereses y pensamiento de grupos sociales privilegiados, nos abriremos a todos los hombres, a través de los pobres. Pero, para ello tenemos que vencer la tentación similar a la de los judaizantes de hacer pasar a los pobres y a los obreros cristianos por la asimilación de formas burguesas o fórmulas económico-políticas capitalistas, que alimentan su situación de opresión vital.

Sólo así respondemos a la llamada del Espíritu de revestirnos del Hombre Nuevo, según Dios, "en la justicia y santidad de la verdad" (Pablo, 1 Efes. 4, 24).

La educación a nivel mundial está en una fuerte crisis. Empiezan a notarse síntomas de pérdida de fe en el sistema escolar como sistema adecuado para resolver el problema de una educación realmente útil y para todos. Por otro lado se va viendo con mayor claridad que la extensión del sistema escolar es insostenible económicamente ya a corto plazo, además de que no garantiza por sí sola la igualdad real de oportunidades educativas. Se ve la necesidad de salir de los límites del sistema escolar y de dar relevancia a los múltiples elementos educativos que la sociedad acumula como un tesoro todavía sin explotar. La industria local, las agrupaciones naturales, la familia misma van cobrando importancia como instancias educadoras con múltiples posibilidades.

La dinámica irresistible de la historia ha llevado a la Iglesia, y con ella a la educación privada católica, a enfrentar problemas más urgentes y universales que la mera defensa de la fe. Ha cobrado mayor relieve, sobre todo entre nosotros, el grave problema de la injusticia estructural, hasta convertirse en la piedra de toque de la autenticidad de nuestro cristianismo. En el enfrentamiento de los acuciantes problemas de marginación integral de las grandes mayorías se ha producido un acercamiento entre todos los hombres de buena voluntad, cristianos o no, y una convergencia de esfuerzos desinteresados, que sin embargo chocan con la incompreensión y la miopía de los empeñados en mantener a toda costa una situación que los beneficia. En la defensa a ultranza de privilegios adquiridos se da también una curiosa convergencia de sectores religiosos y de sectores ateos, aunque por motivaciones diferentes.

La Compañía de Jesús ha operado un cambio en el enfoque de su trabajo apostólico en los últimos años, con repercusiones en el terreno educativo, motivada por esta nueva óptica cristiana. Vamos a ilustrar este cambio de enfoque en los últimos documentos, con especial referencia a Latinoamérica. Nos referimos a tres aspectos generales: la finalidad de la educación, sus destinatarios, las normas concretas por las que se rigen las instituciones educativas de la Compañía.

#### LOS FINES DE LA EDUCACION

Los colegios y universidades dirigidos por la Compañía de Jesús fueron fundados como medios eficaces de cristianizar la sociedad a través de personas influyentes en ella. En su misma fundación hay por tanto una clara intención social: no se trata de formar cristianos para la vida privada, sino hombres de recia convicción cristiana en la vida pública (1).

La finalidad de las instituciones educativas de la Compañía sigue siendo en la actualidad la formación de cristianos, pero de cristianos que busquen decididamente un cambio en el desigual equilibrio

social, y esto como consecuencia de un Evangelio vivenciado fuertemente en su dimensión comunitaria.

Ahora bien, la experiencia ha demostrado que los hijos de clases sociales más altas tienden por medio de la educación a reforzar los privilegios de clase. No son capaces de tomar como propio un cambio social estructural, como el que urge en la hora presente. La Compañía de Jesús se está cuestionando con sinceridad la razón de ser de un trabajo educacional que contribuye a afianzar una situación de profunda injusticia antievangélica (2).

# LOS JESUITAS BUSCAN UNA EDUCACION

La Compañía de Jesús concentró tradicionalmente sus esfuerzos en la formación de líderes cristianos, que vivan y defiendan su fe en un mundo hostil a ella y traten de transformarlo. Este sello de militancia cristiana fue particularmente visible en las instituciones educativas fundadas por los jesuitas a fines del siglo pasado y comienzos de este (3).

Ahora bien, líder, desde el punto de vista social, era el que por su futuro puesto directivo en la sociedad, mayor influencia cristianizadora podía ejercer. Los puestos directivos eran ocupados tradicionalmente por las clases altas y por los miembros de una clase media ascendente, compuesta en buena parte por inmigrantes, quienes eran los que podían costear los estudios a sus hijos, pero poco interesados por el cambio social.

¿Quiénes deben ser por tanto los destinatarios de la educación impartida por los jesuitas? Los que sean capaces de ser agentes activos de integración y justicia social, los cuales por cierto no se encuentran entre los alumnos tradicionales de los jesuitas. Se trata por tanto ahora de lograr una base más amplia en la extracción social del alumnado, buscando fórmulas de solución al problema económico que con ello se crea.

"Debemos preguntarnos honradamente si estamos consintiendo, por lo menos implícitamente, el elitismo basado en la capacidad de pago. Si la respuesta es afirmativa, no podemos evitar la siguiente pregunta: ¿cómo se puede cambiar esta situación? Si la situación no puede ser cambiada, entonces la siguiente pregunta sigue con cruda lógica: ¿No pueden usarse nuestras energías más efectivamente en otra parte?" (4)

Este tipo de argumentación lúcido y directo del P. Arrupe ha llevado a muchos jesuitas a plantearse la razón de ser de algunos colegios considerados "clásicos". El Instituto Patria, de Ciudad de México, se clausuró hace cerca de dos años; el San Ignacio el Bosque, de Santiago de Chile, levantó fuertes polémicas en la ciudad cuando se habló de entregarlo al Estado.

PARA

HOY

F. JAVIER

DUPLA